LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. 7. 14 DE DICIEMBRE DE 1890 NUM. 7.

SUMARIO

Madrid. Las grandes reformas, por C. Rodrigañez.—**Caballería rusticana**, por A. Peña y Goñi.—**Teatros**, por X.—**El loro** (cuento), por Manuel del Palacio.—**La audacia en el arte**, por *Clarin*.—**Desde el boulevard**, por P. Blasco.—**Carta semanal de Lóndres**, por B. de Oya.—**Mosaico madrileño**, por M. Ossorio y Bernard.—**Libros nuevos.**

MADRID

LAS GRANDES REFORMAS

El adelanto, las necesidades de la vida moderna exigen que varien radicalmente las condiciones del mundo antiguo y esas exigencias se hacen notar con más intensidad en las grandes capitales donde es mayor la masa de poblacion culta que reclama é impone las reformas.

La estructura de las poblaciones antiguas tiene qne modificarse profundamente, el ornato las necesidades que el mayor movimiento el aumento de actividad traen consigo unidos á los consejos de la higiene, realizan esas transformaciones que crean frondosos parques y jardines, redes de desagüe para el saneamiento y esa multitud de mejoras que al principio se admiraban como una manifestacion del lujo en los grandes centros de poblacion y que hoy constituyen una necesidad en todas partes.

Sin necesidad de hacer historia ni de recordar las vicisitudes porque Madrid ha atravesado se puede asegurar que se han conseguido grandes ventajas, pero si es cierto que las condiciones de la capital de España se han modificado, si es verdad que el espíritu de la reforma ha hecho sentir su influencia, es verdad tambien que ese espíritu ha pasado como un meteoro, sin detenerse, sin realizar las modificaciones radicales que son indispensables para colocar la capital de un pueblo á la altura de las necesidades y aun de los caprichos de la vida moderna.

Con todas las ventajas obtenidas, con todas las reformas realizadas, la situacion actual deja mucho que desear.

Los alrededores sin arboles, sin vegetacion de ninguna clase, despoblados, sin casas de labor, sin casas de recreo, sin talleres ni fábricas, sin nada en fin de esas manifestaciones que anuncian la proximidad de un gran centro de poblacion, impresionan ya tristemente al que por primera vez nos visita y si al llegar cruza el Manzanares y aspira sus emanaciones, concluye este detalle por terminar el cuadro que se completa, si algun complemento necesitaba, cuando se observan en el interior, las calles estrechas con alineaciones distintas y por lo tanto gran número de entrantes y salientes; los edificios antiguos en su mayoría acusan por el aspecto de sus fachadas las deficiencias de las construcciones de otros tiempos menos exigentes en esta materia que los nuestros.

Si la observacion continúa y se ahonda y se estudian las condiciones de Madrid á cualquier parte que la investigacion se dirija se encuentran idénticos ó parecidos resultados.

El aspecto del campo en las inmediaciones basta para comprender que la produccion agrícola es muy escasa, la ausencia de numerosas chimeneas que denuncian por el humo que arrojan la actividad de otros tantos motores que reparten su energía en los talleres y en las fábricas, demuestran que no hay grandes industrias. Y si se trata de un pueblo que no produce ó que tiene una produccion muy limitada, y ademas ese pueblo no reune condiciones de belleza, atractivos suficientes para retener una poblacion flotante de importancia, sin más averiguaciones se comprende que el comercio no tiene más vida que aquella que le proporcionen los elementos oficiales.

Las construcciones del ensanche en época no lejana, sostuvieron una actividad bastante para iniciar el movimiento para fomentar el desarrollo de la riqueza, en esa época por la circulacion de los capitales y por el aumento de trabajo, la situacion económica mejoró sensiblemente.

Pero no, no habia razon de ser para ese aumento en la edificacion, como faltaban los elementos, para desarrollar real y efectivamente la poblacion y sus necesidades, aquella actividad pasajera desapareció hace algunos años, y desde ese mismo momento empezaron á notarse las consecuencias, no solo en el comercio y en la industria sino tambien en la propiedad y en las clases trabajadoras.

El malestar continua con la misma, no con mayor intensidad que comenzó, pero como el organismo se ha debilitado y se debilita constantemente, cada vez son mayores los estragos y cada vez es más inminente el peligro.

La situacion económica, la crisis que hace sentir sus consecuencias á todas las clases y que lastima todos los intereses, ha colocado á la clase obrera que es la que menos resistencia ofrece en una situacion angustiosa hasta el extremo de tener que andar casi todo el año y sobre todo en el invierno mendigando en los centros oficiales un mezquino jornal que no siempre encuentra.

Este síntoma que debe observarse siempre con gran detenimiento revista excepcional importancia, cuando otras cuestiones, aunque de índole diversa, pueden en un momento determinado aumentar su gravedad y hasta llegar á hacerlo peligroso.

No es posible desconocer la importancia y el alcance que la cuestion social puede tener, y aquí que lo único que existe en realidad es una crísis obrera; de seguir por este camino, vamos á tener la rara habilidad de llegar á plantear el problema social bajo la forma peor que puede revestir, acompañado del hambre y de la miseria, con una produccion escasa debilitada en todas sus formas y en todos sus aspectos.

Las condiciones de salubridad de Madrid son de tal naturaleza que su exagerada mortalidad constituye con sobrada razon un motivo de preocupacion constante.

Bajo el punto de vista estético es preciso progresar mucho para ponerse al nivel de otros pueblos; la situacion económica exige una reaccion inmediata y enérgica; la falta de trabajo constituye un peligro, la mortalidad es aterradora, y por instinto de conservacion es necesario poner en juego cuantos medios se conozcan para disminuirla.

¿Será preciso detenerse á encarecer la conveniencia de las reformas en un pueblo donde esas reformas satisfacen al mismo tiempo necesidades de ornato y de belleza, necesidades económicas, necesidades políticas y necesidades higiénicas por último?

No, es inútil insistir; la bandera de las reformas es la bandera de la salvacion, desde la madre que mira á su hijo, temerosa siempre de esa infinidad de enfermedades que diezman la niñez, desde el último obrero al más opulento propietario, no hay nadie, cualquiera que sea su situacion que no esté directamente interesado en que varien cuanto antes las condiciones en que Madrid se encuentra.

Cuando la necesidad se impone y el deber exige no cabe vacilar; existen obstáculos y dificultades que vencer; pero no se lucha por conseguir un imposible, ni mucho ménos.

Las reformas todas, hasta las que hoy pudieran parecer una utopia, son perfectamente realizables; pero es preciso elegir cuales son las que más interesan, las que ofrecen mayores ventajas y reportan beneficios más estables. Las reformas parciales, sin más utilidad que la mejora local que realizan, no tienen razon de ser y estan además desacreditadas por la práctica y será una temeridad el intentarlas.

Pero las grandes reformas, las que determinan profundas variaciones en la organizacion de los pueblos antiguos y cambian su manera de ser, creando los fundamentos para que la evolucion y el progreso continuen, esas reformas deben atacarse, buscando, sea en la forma que quiera, los elementos que hagan falta, porque esos elementos no se pierden, se aprovechan por el contrario indefinidamente y lejos de ser un sacrificio proporcionan inmensas ventajas.

Con la realizacion de algunos proyectos importantes se conseguiría á la vez modificar las condiciones estéticas y las condiciones higiénicas y se crearian elementos de produccion que faltan, con los que no habia para qué temer las dificultades económicas, y las mejoras secundarias vendrian entonces sin esfuerzo alguno, como una consecuencia natural de la situacion en que estariamos colocados. Invertir los términos y agotar la fuerza en pequeños detalles que á nada definitivo conducen ya se sabe por esperiencia que es un desdichado sistema. Las grandes empresas que libren al rio de las inmundicias que vierten las alcantarillas y aprovechen una riqueza que hoy solo se utiliza para envenenar nuestro organismo; las empresas que proporcionen elementos á la agricultura y á la industria, facilitando el agua para el riego y la fuerza hidráulica como motor, en condiciones económicas, esas empresas, que desde luego producen una transformacion radical y profunda, son el punto de partida en esta campaña cuyo éxito no tiene tantas dificultades como parece á primera vista.

Que la opinion se convenza y se decida y con eso basta, los demás obstáculos se vencen teniendo la energía y la constancia que necesitan todas las grandes reformas en cualquier órden de ideas que se realicen.

En otros artículos intentaré demostrar que mi entusiasmo no está fundado sobre una ilusion ó una quimera, sino que se apoya, por el contrario, sólidamente en hechos bien concretos y definidos.

Ninguna capital se ha creado por arte de mágia con suntuosos edificios, ámplias vias, espaciosos parques y tantas otras ventajas como hoy proporcionan las grandes poblaciones. Todo esto, por el contrario, se ha creado á fuerza de constancia, de trabajo, de actividad, de fé en el progreso.

Para conseguir el ideal y realizar esas grandes; reformas, las dificultades materiales de ejecucion no existen, las dificultades económicas pueden vencerse, el problema tiene solucion, no hay mas que buscarla.

C. RODRIGAÑEZ.

CAVALLERIA RUSTICANA

El martes próximo se estrenará, segun todas las probabilidades, en el teatro Real, la ópera en un acto *Cavalleria Rusticana*, del joven maestro liornés Pietro Mascagni.

Para que la empresa del régio coliseo se haya apresurado á adquirir, por un precio respetable, el derecho de representacion de una obra que no tiene más que un acto y estrenada en el teatro Constanzi de Roma el 17 de Mayo de 1890, es decir, hace siete meses, preciso es que *Cavalleria Rusticana* ofrezca interés excepcional y garantías considerables de éxito.

De otro modo no se comprende la adquisicion de una obra en un acto que constituye un hecho sin precedentes en nuestra primera escena lírica.

Verdad es que en el teatro Real se han representado óperas en un acto, como *La hija de Jefté* y *Las naves de Cortés* de Chapí y quizá alguna otra que no recuerde en este momento, pero no hay paridad de circunstancias entre esos estrenos y el de la ópera de Mascagni.

Las dos de Chapí habian nacido en casa y se presentaban modestamente, como ensayos de un ingénio que más tarde habia de llenarse de gloria en otro campo.

Además la industria teatral era agena en absoluto á aquellas manifestaciones de la musa indígena.

Con *Cavalleria Rusticana*, la cosa cambia radicalmente de aspecto. Se trata de una ópera italiana que es el acontecimiento musical del día, de una ópera que ha revelado, de un modo tan imprevisto como brillante, el talento de un joven compositor, cuyo nombre se lee hoy en todos los periódicos de Europa.

Se trata en suma, de una obra que ha interesado é interesa al mundo musical, tanto más notable cuanto son menores sus dimensiones materiales y más peregrinas las circunstancias que á esa obra han acompañado antes de su estreno, y que, por lo tanto es digna de que la conozca y aprecie el público de Madrid.

Hé aquí, á grandes rasgos, la historia de *Cavalleria Rusticana*:

La ópera de Mascagni se debe á un concurso musical iniciado y llevado á cabo por la poderosa casa editorial italiana de Eduardo Sonzogno, quien ofreció tres premios á otras tantas óperas que un jurado compuesto de personalidades eminentes conceptúase dignas de tal galardon.

El primer premio es de tres mil francos, de dos mil el segundo, y cuanto al tercero, solo daba derecho á la representacion de la ópera premiada, favor que naturalmente alcanzaban las otras dos.

Sonzogno que es empresario del teatro Costanzi de Roma tenía, como se ve, el primer elemento para las representaciones prometidas y escrituró expresamente á la eminente soprano dramática Gemma Bellincioni y al célebre tenor Roberto Stagno, como base fundamental de la compañía que habria de ejecutar las óperas premiadas.

Presentáronse al concurso nada menos que *ciento treinta y tres* óperas que cayeron como un granizo sobre el jurado.

Este procedió al desbroce de aquel diluvio de corcheas, separando, desde luego, cuarenta y siete que echó al cesto sin vacilar.

Quedaban ochenta y seis dignas de meditado exámen. El jurado las estudió detenidamente y fijó su atencion en tres, que juzgó á toda ley y conciencia, merecedoras del premio Sonzogno.

Eran estas la *Labilia* del maestro Spinelli, *Rudello* del maestro Ferroni y *Cavalleria Rusticana* de Pietro Mascagni.

Comunicóse la fausta nueva á los tres, lleváronse á cabo cuantos trabajos preparatorios el caso exigia; y el dia 8 de mayo del año actual se inauguró la temporada extraordinaria del Concurso Sonzogno, en el teatro Costanzi de Roma, con el estreno de *Labilia* del maestro Spinellí.

La ópera produjo buen efecto, gustó, se aplaudió, hubo para el autor frases halagüeñas en los buenos periódicos, y se dieron de *Labilia* tres representaciones sucesivas.

El entusiasmo de los romanos no traspasó empero los límites de una benévola discrecion. Se juzgó la ópera labor muy apreciable y digna de estímulo para lo porvenir; pero no habiendo en ella nada que sacudiese fuertemente al público, creyeron todos que el Concurso Sonzogno serviria tan solo para poner de manifiesto la inesperiencia y la poca fibra de la juventud.

***

Así las cosas, llegó el dia 17 de mayo, destinado al estreno de *Cavalleria Rusticana*.

La atmósfera dentro del jurado era entusiasta en favor de la obra de Mascagni. Uno de sus individuos, el marqués d'Arcais, antiguo y muy reputado crítico musical del importante diario de Roma *L'Opinione*, se erigia en profeta del triunfo y moria poco despues de haberlo presenciado.

Los principales intérpretes de la obra, Stagno y la Bellincioni, se mostraban á par d'Arcais, llenos de esperanzas, seducidos por las bellezas que encerraban los papeles de Santuzza y de Turiddú.

Pero el público, á quien no trascendian quizá tales optimismos, se aferró á la opinion de que la ópera de Mascagni sería, cuando más una *Labilia*, y acudió en escaso número al teatro.

Lo que ocurrió en el estreno de *Cavalleria Rusticana* no es para contado. El público unánime hizo á Mascagni una imponente ovacion desde la mitad del preludio de la ópera, en la sentida y poética siciliana que lo realza con una nota original.

El preludio entero tuvo que repetirse entre las aclamaciones de la concurrencia, que llamó á escena repetidas veces al autor.

Desde que se levantó el telon hasta la última nota de la ópera, la representacion fué una série no interrumpida de ovaciones para Mascagni y sus intérpretes.

Repitiéronse cuatro piezas; el preludio, la romanza de Santuzza, un trozo instrumental que sigue al duo de Santuzza y Alfio y el brindis coreado de Turiddú.

El pobre maestro, presa de una emocion que se comprenderá fácilmente, tuvo que presentarse innumerables veces en escena á recibir los delirantes plácemes con que le saludaba un público ébrio de entusiasmo.

Al dia siguiente, Mascagni era célebre en Roma, poco tiempo despues en toda Italia; hoy lo es en Europa donde el título de la ópera *Cavalleria Rusticana* va á hacer popular muy pronto las escenas populares omónimas de Giovanni Verga.

Para que se tenga idea del entusiasmo que suscitaron en representaciones sucesivas las bellezas de *Cavalleria Rusticana* bastará saber, que al terminar una de las funciones fueron tantas las llamadas á escena, que Mascagni podia á duras penas sostenerse en pié, visto lo cual por Stagno y para que cesaran las fatigas físicas y morales del maestro, dió órden el célebre tenor de que apagasen inmediatamente la luz eléctrica.

Fué el único medio de conseguir que cesaran los aplausos y llamadas á escena.

Terminada la temporada del teatro Costanzi con doce representaciones de *Cavalleria Rusticana*, la ópera se ha representado en los teatros de Nápoles, Turin Bolonia, Florencia y Palermo, y ha sido acogida en todos ellos generalmente con el mismo entusiasmo que en Roma, repitiéndose la mayor parte de las piezas y aclamando los públicos á Mascagni que asistia á las primeras representaciones.

El autor de *Cavalleria Rusticana* es un jóven de veintisiete años, natural de Liorna, donde aprendió los primeros rudimentos del arte.

El conde Florestan de Larderd protegió á Mascagni y le mandó al Conservatorio de Milan, en el cual ingresó, y del cual se separó al cabo de algun tiempo para saborear los placeres de la bohemia artística, como director de una compañía de opereta.

Poco despues se estableció en Cerignola y allí vivia con su mujer y sus hijos en muy precaria situacion, cuando se enteró del Concurso Sonzogno y escribió *Cavalleria Rusticana* sobre un libreto que extrajeron del drama de Verga los Señores Targioni, Torretta y Menasci.

Mascagni ha dedicado su obra al conde Larderd, como testimonio de gratitud, al que adivinó su vocacion artística y le pensionó para estudiar la carrera de la música, como ántes he dicho en el Conservatorio de Milan.

Tal es en breves líneas, que mucha más podrian escribirse sobre el asunto la historia de *Cavalleria Rusticana* y la de su autor, el maestro Pietro Mascagni.

***

El argumento de la ópera es el siguiente:

Tomado el asunto de las escenas populares de Verga, la mayor parte de las situaciones de esta composicion coincide con las que forman esa obra literaria tan celebrada en Italia y el extranjero.

Intervienen en la accion Santuzza, prometida de Turiddú; Mama Lucia, madre del mismo; Lola, esposa de Alfio, y los dos hombres nombrados, campesinos todos y habitantes de un pueblo de Sicilia.

Comienza la obra con un preludio y una siciliana cantada detras del telon por Turiddú, que revela el criminal amor que profesa á Lola.

Turiddú habia amado apasionadamente á Lola, y ella, al parecer, le habia correspondido de idéntica manera. Alejado el primero del pueblo por las exigencias del servicio militar, su veleidosa prometida cansóse de aguardarlo y dió su mano á Alfio.

Al regresar Turiddú, encontró roto el lazo que lo ligaba á Lola, y buscando consuelo, ó venganza, amó y sedujo á Santuzza, prometiéndola llevarla al altar. Pero Lola no se resignó á perder á su amante de otro tiempo, y trató de atraerlo nuevamente á su lado por caminos torcidos, consiguiéndolo sin esfuerzo.

En una de las primeras escenas preséntase Santuzza averiguando el paradero de Turiddú, que se ha alejado del lugar. La madre del mozo, que entiende que ha ido á proveerse de vino para su despacho, esplica de esta manera la ausencia. Pero sobreviene Alfio y dice que ha visto esa mañana á Turiddú en las inmediaciones de su casa. Santuzza no necesita más para ver confirmada su sospecha. Entonces ella informa á mamá Lucia de las supercherias y engaños de su hijo, que no ignoraba antes la desventurada amante.

Al presentarse Turiddú, Santuzza le recibe con el reproche más amargo, él se defiende con razones banales, y se traba entre ambos una lucha en que las quejas se atropellan, y los actores de la escena alargan la distancia que ya separaba sus almas.

Aparece Lola regocijada, cantando la belleza del que ama y comparándolo, en su embeleso, con la flor del aromo. Al encontrarse con Turiddú y Santuzza, disimula el sentimiento que la preocupa y les pregunta por su esposo. Irónica Santuzza, hipócrita Lola, termina la infiel anunciándoles que se dirige al templo. La voluntad de Turiddú es de seguirla, la resolucion de Santuzza es de detenerle. Permanece él un momento junto á ella y se marcha detrás de la que le ha robado el corazon. Eso que los creyentes llaman Providencia, y los que no créen destino, conduce á Alfio al sitio en que la desdeñada se encuentra. Santuzza, dominada por los celos, revélale todo lo que ha permanecido oculto para Alfio, y aquella noticia inesperada, fatal, arranca al marido la promesa de tomar venganza antes de que termine el dia.

Mientras tanto han terminado en el templo los ritos de la Pascua, y los asistentes empiezan á abandonarlo y á discurrir por la plaza. Entre ellos viene Turiddú confiado, enceguecido, atolondrado. E invita á sus amigos á beber, celebrando los placeres del vino. Presenta su vaso á Alfio y este lo rechaza como si contuviese un tósigo mortal; Turiddú derrama el líquido generoso que contiene. Pocas palabras se cambian entre ellos, y siguiendo la usanza siciliana de acudir con presteza á lo

09 Ministerio de Cultura

que se llama defensa de honor, queda concertado el duelo, sin testigos en el huerto inmediato, y sin pérdida de momento. Abrázanse, como es de práctica, y el desafiado pone el sello al convenio, mordiendo la oreja derecha al rival. Esta es la forma del desafío, conocida en la Italia meridional por *Cavalleria Rusticana*, ó si se quiere, en nuestra lengua, por caballerosidad rústica ó campesina.

Disueltos y alejados los grupos que han ocupado la plaza al partir Turiddú, tropieza con Mamá Lucía. A pesar de su estravío le asalta un noble pensamiento. Anúnciale á la anciana que, perturbado su cerebro por los vapores del vino que ha bebido, quiere restablecerlo respirando el aire puro del campo. Pero la pide que antes le bendiga como la primeoa vez que se alejó del pueblo, y que si no vuelve, ampare con su materno amor á Santuzza. La besa, la estrecha, le dá el último adios, y parte precipitadamente, sin volver los ojos al desaparecer.

Mamá Lucia sorprendida, llama á Santuzza; Santuzza la escucha y acude precipitadamente, cayendo desvanecida en sus brazos, porque ha comprendido que sus celos y la venganza han precipitado á Turiddú hácia la muerte En el instante mismo en que las dos mujeres se han unido en desesperado abrazo, los vecinos penetran horrorizados y gritando: «¡Han asesinado á Turiddú!» La orquesta estalla entonces como el trueno fragoroso que sucede al relámpago, en un rumor rápido pero tremendo y desgarrador, imponiendo silencio al asombro de los unos y al dolor inmenso de Lucía y Santuzza.

***

Tal es el argumento de *Cavalleria Rusticana* contado por galana pluma que ha venido en mi auxilio y á cuyo poseedor eminente literato argentino—doy las gracias más expresivas.

El reparto de la ópera de Mascagni en el teatro Real es el siguiente:

SANTUZZA.....	Srta. Bellincioni.
LOLA.....	Sra. Morelli.
MAMA LUCIA....	Srta Garrido.
TURIDDÚ.....	Sr. Stagno.
ALFIO.....	Sr. Tabuyo.

La Bellincioni y Stagno creadores de las partes de Santuzza y Turiddú, han sido proclamados por la prensa italiana intérpretes incomparables de la ópera de Mascagni.

Para que se vea que no exagero quiero reproducir las entusiastas lineas que á ambos dedicó el difunto d' Arcais en el diario *L' Opinione* despues de la noche del estreno de *Cavalleria Rusticana*.

El Maestro Mascagni, hay que decirlo ha tenido una gran fortuna; la de que Stagno y la Bellincioni hayan side los principales intérpretes de su ópera.

»Stagno ha sído para él más que un amigo, un hermano. Terminada la ópera, fuí á felicitar al célebre tenor; el cual me dijo:—Se podrá hacer más y mejor que yo; pero yo he hecho cuanto he podido.

»No, querido Stagno, no es posibte hacerlo mejor, no se puede cantar con voz más fresca, segura y potente, con más arte ni con mayor efecto sobre el público. Y el público se lo ha demostrado á Vd. con sus aclamaciones y la insistencia con que hubiese querido que se repitiese toda la ópera despues de haberle á Vd. hecho repetír la serenata y el brindis. Y añado aquí, que siendo Stagno siciliano, interpreta y reproduce el personaje de Turiddú como no ha sido interpretado ni reproducido por ningun artista dramático. Es un Turiddú perfecto en cada gesto, en cada movimiento, en cada inflexion de voz.

»Otro triunfo clamoroso ha sido el de la Bellincioni, que nos ha presentado la verdadera Santuzza de Verga, la jóven, humilde y avergonzada que se vé arrastrada paulatinamente á llevar á cabo una terrible venganza. Comprendido así el papel se presta á una gran variedad de efectos, y la señorita Bellincioni ha arrancado aplausos y lágrimas, puede decirse que en cada frase. Eficacísima como cantante, estuvo como actriz, á la altura de Eleonora Duse que, como todos saben, es el ideal de Santuzza.»

Con estos elementos, apoyados por la discrecion y la inteligencia de la señora Morelli y el talento del jóven barítono nuestro compatriota el Sr. Tabuyo, amen de la orquesta dirigída por el eminente maestro Mancinelli, *Cavalleria Rusticana* se presenta al público madrileño en magníficas condiciones.

Sea cual fuere el éxito de la ópera de Mascagni, que en mi opinion particular no ofrece duda de un brillante resultado, la empresa del teatro Real merece un sincero aplauso por haberse apresurado á poner en escena una obra interesantísima y que, gracias á ella conocerá pasado mañana el público madrileño.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

TEATROS

LOS ESTRENOS DE LA SEMANA

Un matrimonio protegido por un banquero; una niña de este matrimonio, amada á un tiempo por el banquero y por un consocio de la casa; un general que tuvo una hermana deshonrada; el consocio que es hijo ilegítimo del banquero y de la hermana del general; los conflictos que nacen cuando todos se enteran de lo que es cada uno, de dónde viene, y adónde vá, y el pistoletazo final que mata al hijo ilegítimo, constituyen los elementos escénicos de *Los ídolos de barro*.

Aquí hay asunto para un drama como para una tragedia; lo que faltó en la representacion fué el drama.

Del autor se puede decir que es hombre de probado ingenio, en aquella misma escena del teatro Español. El se levantará.

***

Tambien Vital Aza se ha equivocado en la Comedia. Pero en *El señor cura*, lo que falta no es el desarrollo escénico, sino el argumento; no es el autor de comedias, sino el asunto. A lo más hay en *El señor cura* sustancia para un cuento, pero que no la hay para una comedia buena: ¿qué mejor prueba que la de no haber podido escribirla Vital Aza?

Los pupilos de una casa de huéspedes modesta, convidan á comer á doña Petronila, separada de su marido, y á las dos sobrinas, Clotilde y Pura, que viven con ella en el piso segundo. Aceptan sin remilgos y se dispone el festin. En estos oficios sorprende á los huespedes el señor cura D. Feliciano, que con D. Ruperto, el médico del pueblo, viene á Madrid para dar un abrazo y obligar á que le visite en el pueblo, á su sobrino Cárlos, huésped predilecto de aquella casa. Despues de las salutaciones, los forasteros son invitados á comer y aceptan; pero enterados más tarde de quiénes son las obsequiadas, don Ruperto obliga al cura á volver á su pueblo sin esperar la comida, pues doña Petronila es la mujer de D. Ruperto, de quien hace años vive separado, porque riñendo los cónyuges en cierta ocasion, ella descargó sobre él un utensilio de cocina.

Y, en efecto, se despiden el cura y el médico, se dispone la mesa, y al comenzar el banquete, servido por Menendez—un huèsped que toca el cornetin,—deja éste caer la cazuela del arroz y acaba el primer acto, despues de resolver todos los huéspedes convidarse á comer otro dia en el pueblo y en la casa del cura, por haber sabido que tiene «Su merced» una cocinera escelente.

Como se vé, el efecto de la cazuela no es situacion final de acto ni digno tampoco de Vital Aza. El asunto no vá mas léjos. Pero el acto primero se oye con mucho gusto, por la animacion escénica del cuadro, ya que no por su novedad, aun dentro del teatro del mismo autor.

Los chistes son muchos y de todos géneros.

Agudísimos como el de la patrona cuando al ir á entregarle á la niña Clotilde una carta de Juanito, novio de su hermana Purita, le pregunta:

—¿Quién de ustedes es Pura?

Y contesta Clotilde:

—La otra.

Ingeniosos y de seguro efecto como el trompetazo del cornetin cuando Juanito busca un refugio para esconderse.

E incoherentes, al uso del dia, como aquel otro:

—Porque le llaman á D. Cárlos, el *anfitrion?*

—Porque se ha doctorado.

La alusion de doña Petronila al ama del cura en la propia cara rapada de D. Feliciano, no es un chiste, es un desacato, dada la santidad del padre.

El segundo acto y el tercero se desarrollan, crecen y se estienden exageradamente en la corralada que llaman en Castilla, en la estancia, que llamarian los andaluces, de la casa del cura; al aire libre, con palomas domesticadas, y criado y cocinera del cura sin domesticar, entre la huerta, la cuadra, la carretera, el pozo y la vivienda del padre. Allí se reunen todos los huéspedes que conocemos, y la patrona, y la doña Petronila con sus sobrinas, y Juanito, y el coadjutor recien llegado para auxiliar al cura en la predicacion, innecesario auxilio, porque el señor cura sermonea para tres parroquias cuando llega el caso; que el caso es aquí el acto tercero y último de la obra.

D. Ruperto huye de doña Petronila. Juanito, para ver á su novia más cómodamente sin ser conocido, se disfraza de cura. Pura toma al coadjutor por Juanito y le llama *monin* abrazándole por sorpresa; no hay que decir cuál será la del coadjutor, que santamente se indigna. La patrona aprovecha la huelga general para cobrar dos veces una deuda de Menendez. Se reconocen doña Petronila y D. Ruperto despues de haber estado D. Ruperto tres horas encerrado en la cuadra. Pasa la guardia civil: mantienen viva y constante pelotera los servidores del capellan. Se desmaya doña Petronila para acabar el segundo acto al tener las primeras noticias de su marido. Y por fin llega el de la comedia, reconciliándose los esposos separados, casándose Pura y Juanito, Clotilde y Rafael, huésped tambien de doña Petronila, y repartiendo el señor cura bendiciones á todos.

El autor fué justamente llamado una vez á las tablas despues del segundo acto.

De los trece personages y de los tres actos pudieran suprimirse la mitad. A tanto reducida la obra, Vital Aza hubiera hecho un juguete cómico escelente. No habia novela para más composicion. A Vital Aza hay que decirle la verdad, porque ha escrito mucho bueno para que no se le exija lo que puede y sabe hacer constantemente. Es además peligroso para los otros autores del mismo género, el enseñarles á rellenar los actos con incidentes más ó ménos agenos al asunto, porque si en la escena todo debe ser accion, la accion debe ser homogénea y lógica, y derivada del pensamiento capital de la obra y nunca del capricho del autor; pues con la gracia de Vital Aza se aplauden, más sin su vena cómica no pasarian.

No hay que hablar de caractéres donde no hay asunto ni están los personajes elegidos entre el vulgo, sino tomados de él, sin exámen alguno. El señor cura está mejorado en la escena por la manera admirable con que lo caracteriza Mario. Menendez es el mejor tipo, pero Rosell lo hace grotesco frecuentemente. Juanito no tiene más gracia que la de Mendigochía. Doña Petronila no ha sido andaluza jamás; pero de esto no tiene la culpa Vital Aza; es que la Guerra habla mucho mejor en catalán. El ama y el criado exageradísimos. Parece mentira que los huéspedes de la Bernal crean que van á comer mejor con aquella cocinera, viuda de un ojo, como llamaba á los tuertos *El Solitario*.

El diálogo es vivo, pero pobres las situaciones. En algunas escenas sobra naturalismo y falta belleza. Y lo extraño es que pintor tan sobresaliente haya querido, por una vez no más, sin duda alguna, ser fotógrafo mejor que artista.

Y á otra, distinguido poeta.

En la carrera de los éxitos, una equivocacion es un paréntesis que obliga á perseguir mayores triunfos.

***

El último estreno ha revelado un autor de verdaderos alientos. La comedia *Genoveva*, de Federico Urrecha, representada en el teatro de la Princesa, ha obtenido un éxito franco y lisonjero.

Genoveva es una señorita de compañía; Clara su educanda; Guillermo, hermano de Clara, está enamorado de Genoveva: y Clara de Ricardo; un vizconde sin aprension y sin otras muchas cosas que estorban para la vida aventurera. Todos aparecen reunidos al comenzar el primer acto en casa de los padres de Clara. Allí tambien están, Salazar, malvado imbécil, y un fabricante, protector de Genoveva, que la recogió siendo niña, abandonada por su madre. La esposicion del asunto es interesante y bella. Al final se averigua por las referencias de un periódico y la confesion de Genoveva, que esta infeliz es hija de una famosa mujer que vivió en el vicio y murió en el hospital.

Saber esto, indignarse los padres de Genoveva y arrojarla de su casa despiadadamente, es obra de una escena. Pero no todo se ha perdido. El protector volverá á recogerla, Guillermo la ama y la compadece, Clara la mira llorando, cae el telon, y Genoveva se queda en casa.

No sé si el autor debió llevar la accion á otra parte, ó dar á su drama diferente desarrollo, pero ha preferido que luchen las pasiones y callen las teorías, y desenvolver el asunto con una direccion más artística y más escénica seguramente.

He dicho que Genoveva, despedida, se queda en casa, y no habria comedia, ó sería otra la comedia que hubiese, si tan pronto como fué despedida se hubiera ausentado. Retirada á su habitacion, puede allí recibir á Guillermo, que le declara su amor; puede saber que Clara ha citado al vizconde en el mismo cuarto de Genoveva; puede Genoveva esperarle y arrancar de sus manos la carta en que Clara le dió su cita; puede, sobre todo, comprometerse la institutriz, y se compromete, en efecto, encerrando al vizconde en un cuarto interior: puede tranquilizar á Clara, develviéndole la carta que escribió á Ricardo, y puede Genoveva, delatada por todas las apariencias, ser rechazada por Guillermo, por Salazar, por los padres de Clara, por todo el mundo, como mujer que encierra al vizconde en su cuarto, y no se defiende ni se justifica.—Y no se justifica ni se defiende por salvar á Clara, á quien quiere como si fuera su mejor amiga, como si fuera su hermana. El lanzamiento se repite con iras mayores, y Genoveva abandona la casa de los padres de Guillermo, no por hija de mala mujer solamente, sino infamada ella, más áun que por las apariencias, por su silencio, humanamente inesplicable.

Y digo humanamente, porque no es creible que ninguna mujer, para encubrir las ligerezas de una amiga, se resuelva á que el hombre á quien adora la juzgue deshonrada, la maldiga y la rechace.

Ni es verosímil que una niña inocente, que cita á un hombre sin comprender el alcance de su carta, al cuarto mismo de su institutriz, no confiese su pecado cuando vé que sobre Genoveva caen todas las desdichas por culpa suya, á menos de ser la niña tonta ó criminal, y no es ese el carácter de Clara.

Como en aquel drama de Echegaray titulado *Lo que no puede decirse*, donde pasan todos los horrores del mundo porque nadie dice una palabra oportuna y útil, en esta comedia de Urrecha lo que estremece y acongoja no es tanto el conflicto dramático como aquel obstinadísimo y desatinado silencio de las dos mujeres. Despiértase lógicamente la emocion estética del espectador en la bellísima escena de Genoveva y Clara; pero á partir de aquel momento no conmueve el corazon lo que allí pasa, sino que lo daña y oprime; no se siente, se padece; no se llora, se teme; no estais en la comedia ni en el drama; momentos hay en que parece qne el vizconde pondrá irritado las manos sobre Genoveva, en que el melodroma asoma, en que va á fracasar el autor dramático; pero allí lo detiene su talento.—Se da el escándalo: Genoveva queda infamada, y subsiste el silencio, porque una sola palabra hubiera hecho innecesario el acto tercero.—Y con esto y con todo, el acto segundo es notable.

Urrecha acierta plenamente en el desenlace. Genoveva á su padrino y Clara á sus padres refieren sencillamente lo ocurrido, y se acaba el drama. Guillermo se reconcilia con la institutriz. Y Clara se salva del vizconde. Tampoco le faltará su novio correspondiente, porque ya se sabe de otro que la pretende con mejores títulos que Ricardo. El telon cae y salen los actores con el autor al palco escénico no sé cuántas veces aclamados por la concurrencia.

Nada que no sea lisonjero para Federico Urrecha hay que decir del primer acto; mas, aparte la escena de las mujeres y el hábil desarrollo del acto segundo, todo lo que allí sucede es enteramente convencional. Ni Clara es ingénua, ni Genoveva siente una abnegacion natural, ni hay para qué mostrar tanta indignacion por ver á un hombre amigo de la casa y á la hora de la tertulia en el cuarto de aquella institutriz donde entran, con la misma facilidad que Ricardo, Guillermo y Salazar, ni es posible justificar tension violenta en que tanto padecen los actores como el público, y el arte como la verosimilitud de la obra dramática, á que lleva la accion el autor de *Genoveva*.

El desenlace es enteramente natural y lógico, y el público, que se tranquiliza, aplaude dos cosas: el talento dramático del autor, sin duda alguna, y además, además, el que haya logrado satisfacer el ánsia vehementísima de los espectadores haciendo hablar primero á Genoveva y despues á Clara.

Si no como obra dramática perfecta, es digna de aplauso como ensayo brillante la comedia *Genoveva*. Dialogada con soltura, en prosa limpia y castiza, exentos de retórica pero desnuda de toda belleza, no es el diálogo su mérito principal, porqne la pena de la narracion será buena cuanto más sencilla, la prosa didáctica mejor cuanto más austera; pero la prosa dramática ha de tener necesariamente su poesía.

Buena y admirable fué la prosa de Solís para escribir *La conquista de Méjico*.

Pero el *Drama nuevo* necesitaba otra prosa para llegar al más alto punto dramático del teatro español contemporáneo, y así lo escribió Tamayo en su riquísima prosa dramática, sin lirismos pasajeros y con bellezas eternas.

No impide lo dicho, que felicitemos sinceramente á Federico Urrecha; que quien empieza con tan viriles alientos, autor dramático es, y autor sobresaliente ha de ser; que para ello tiene conciencia de su labor y verdadero talento.

X.

EL LORO

CUENTO

Tenian no sé qué monjas
de lugar algo distante,
cuyo nombre de bautismo
no consta en ninguna parte,
un loro que era sin duda
lo perfecto de la clase,
pues hablaba cual no suelen
hablar muchos animales.
Un primo de la abadesa,
marino en sus mocedades,
de luengas tierras lo trajo
y, no sabiendo cuidarle,
á cambio de rogativas,
escapularios y flanes,
se lo regaló al convento,
cautivo en jaula de alambre.
Como el convento tenia
una carretera al margen,
y por ella transitaban
soldados y traficantes,
el loro, al par que responsos,
motetes, himnos y salves,
aprendió todo un rosario
de juramentos y frases
que sólo en la plaza pública
pudieran ser tolerables.
Así hallándose las cosas
sucedió que cierto martes
de Cuaresma por más señas,
y de abstinencia de carne,
para merendar sirvieron
unas guindas garrafales
conservadas en almíbar
por las previsoras madres
Una le dieron al loro;
pero era su ánsia tan grande
que al querer tragar el hueso
se le clavó en el gaznate;
y fué tal la pataleta,
y las muecas fueron tales,
que al articular...—¡Socorro!
con voz torpe y vacilante,
entre risas y algazara,
burla haciendo del percance,
en coro todas las monjas
contestaban:—¡Jorobarse!
Gracias á que la abadesa,
más discreta ó más amable,
á fuerza de aceite pudo
limpiar de estorbos la calle,
porque si no arroja el hueso
revienta el bicho cobarde

Nueve ó diez meses pasaron
sin ocurrir nada grave,
cuando cata que una noche
de las que diciembre trae
acompañadas de sombra,
rayos, truenos, lluvia y aire
mientras las pobres reclusas
dormidas en calma yacen,
incendio voraz estalla
de viejo cláustro en la nave.
Paredes y celosías
con lenguas de fuego lame,
y súbito recorriendo
pasadizos y desvanes
convierte en horno de diablos
lo que era morada de ángeles.
Como rebaño de ovejas
que descompone y deshace
la colosal avalancha
rodando del monte al valle
así despiertas las monjas
y en desaliñado traje,
pues llevan muchas por hábito
los cobertores del catre,
sin esperanza ni aliento
huyen, gritan, entran, salen
y más el peligro acrecen
y más el valor abaten.
Por fin de la superiora
siguiendo ejemplo y dictámen,
de su dilatada huerta
por los ámbitos se esparcen
y allí sus plegarias juntan
para que Dios las ampare
En esto al mirar al cielo
del que son claros fanales
las llamas que libremente
celdas y celdas invaden,
una novicia vió al loro
que evadido de su cárcel
sobre la rama de un árbol
se columpiaba arrogante.
—Mirad al loro, hermanitas,
dijo llorando Sor Práxedes;
tambien se queda sin jaula·
no llora porque no sabe.
Lorito, ven con nosotras.
veremos donde encerrarte,
pues sin albergue quedamos,
desnudas y miserables.
Movió el loro la cabeza,
rascóse hasta hacerse sangre
y volando á más altura,
gritó? —¿Sí? pues... ¡jorobarse

De este cuentecillo alegre
la moraleja es muy fácil:
aquellos á quienes dañan
agenas felicidades;
que la gloria de los otros
miran con pena ó coraje
y siendo nada en sí mismos
con nada se satisfacen,
para consuelo les queda
el del loro: ¡¡jorobarse!

MANUEL DEL PALACIO.

LA AUDACIA EN EL ARTE

A D. TOMAS TUERO EN *EL PAIS*.

II

Querido Tomás: Esto de la sustantividad de lo bello parece frase pedantesca y de más consonantes que sentido; y en efecto, así es cuando tales palabras se usan por aparentar conocimientos que no se tienen, reflexion que no ha existido. Pero en el mismo caso están todos los términos del lenguaje filosófico, que en realidad no significan nada cuando se emplean de oidas, sin haber examinado todo el contenido de ideas y relaciones de ideas de que cada uno de esos vocablos vienen á ser como cifra y resúmen, y hasta si se quiere símbolo. Hablar de estos casos sin que haya precedido análisis concienzudo de cada uno de ellos, es hablar por hablar. ¿Dónde hay palabrotas que se hayan manoseado más que «lo objetivo y lo subjetivo?» Pues la mayor parte de las personas las emplean sin saber lo que propiamente significan; y así, lo objetivo para casi todo el mundo viene á representar lo exterior, lo que no somos nosotros mismos, y lo subjetivo lo que somos *por dentro*, esto que llena más, bien ó mal, nuestro espíritu. Y esta manera de entender tales palabras es un puro disparate. Ese escepticismo que muchos creen que es la última moda, la más elegante en materia de estética, nace, como en otros tantos ramos de la filosofía, de la pereza intelectual y de la precipitacion con que se vive.

Todos se atreven á tratar ligeramente, con motivo de aplicarla á los casos concretos que ofrece la experiencia diaria, la materia filosófica, ya sea en religion, en política, en arte, en economía, etc., etc.; pero cada cual parte de un dogmatismo (el escepticismo pue-

2009 Ministerio de Cultura

de serlo tambien) disimulado por las hipocresías del lenguaje, y se admite discusion por quimeras sin idealidades, metafísica anticuada. Esto lo dicen los positivistas, que se creen entre nosotros *à la dernière;* esto lo dicen los ultramontanos, y esto lo dicen los escritores *hombres de mundo* que creen de buena fe que, en efecto, la filosofía está desacretitada. Lo cual no impide que unos y otros sigan filosofando, sin saberlo, á capricho y desordenadamente.

Cuando se asegura, v. g., que no se puede afirmar nada en estética, que corren malos vientos para toda doctrina fija, se cree ser muy prudente, y en rigor no se hace más que sentar un dogma como otro cualquiera: el del agnosticismo, que no por tener forma negativa deja de ser dogma; pues, como dijo Fichte de una vez para siempre—y conviene repetirlo á menudo—no habria— *A* si no hubiese *A*.

No hay manera, en cuanto se formula un juicio, de darle por cierto sin probarlo, por más que se procure robar sustancia á su contenido para que se admita. Fíjate en lo que quiero decir: las gentes creen huir de la necesidad del problema de la certidumbre afirmando fuera de la filosofía; de otro modo, quieren que se les crea lo que dicen sin fundarlo, porque lo dicen sin pretensiones científicas. No ven que por eso mismo hay razon para hacerles ménos caso. Y sin embargo, repara cómo en esos libros, en esos artículos que se escriben renunciando á tratar las respectivas materias desde el principio y bajo un fundamento (aquí se puede decir *bajo* el fundamento, que en estas cosas puede imaginarse no debajo, sino encima), bien pronto el autor comienza á sentar doctrina... porque sí.

Voy á ponerte un ejemplo refiriéndome á quien ya queda aludido en mi anterior epístola.—Es claro que para tratar de estos casos no hemos de referirnos á los tontos y á los ignorantes. Cuanto más valga el escritor ó pensador á que recurramos, más concreto será el caso, pues no cabe achacar las deficiencias que notemos á circunstancias extrañas á nuestro asunto, como el poco meollo, la torpeza de pluma, etc., etc.

El Sr. Balart, que es uno de los escritores españoles á quien yo atiendo más, cuyas palabras medito más, porque es de los más concienzudos, más formales, más instruidos, más sinceros y más originales; el Sr. Balart comenzaba no há mucho un trabajo crítico diciendo, sobre poco más ó ménos, que Dios le librase de explicar lo que era la belleza, ni cuál el fin del arte, porque tales cuestiones no estaban claras, no las tenia la ciencia depuradas, y sobre ellas no habia más que conjeturas. Perfectamente: esta es una opinion como otra cualquiera; pero conste, por lo pronto, que supone toda una *ciencia* de afirmaciones rotundas. Es muy fácil probarlo. Hasta hoy se ha dicho y se ha escrito muchísimo acerca de lo que es lo bello, y lo que es el arte y su fin: unos sostienen unas teorías; otros, otras; y para poder afirmar que ni éstos ni aquéllos han acertado, que no se ha encontrado por nadie la verdad, hace falta, sencillamente, saber cuál es la verdad acerca de lo bello, el arte, etc., y poder comparar en esa verdad las teorías que no conforman con ella, y que por eso se reputan insuficientes. Porque si suponemos que nosotros no tenemos la verdad, ¿con qué derecho afirmamos que tampoco está en las teorías históricas, en ninguna de ellas? No sabemos lo que es la verdad; pues acaso sea algo de lo que ya se ha dicho. Pero no es esto solo, y voy á mi ejemplo.

El Sr. Balart sostiene que no hay doctrina cierta respecto del fin del arte... y á los pocos renglones (como hacen todos los que proceden del mismo modo) presenta afirmaciones, que suponen todo criterio estético, con su relacion á la finalidad artística, á la naturaleza misma del arte. Porque el Sr. Balart concluye por sostener que el arte mejor, el que cumple con perfeccion su destino, es el que *eleva* nuestro espíritu, el que nos ofrece el consuelo edificante del bien, el que nos revela la unidad *religiosa* del mundo. No son estas sus palabras; pero estoy seguro de que su buena fe me concederá que ese es el pensamiento.

No hay que suponer que Balart se refiere á una accion moral directa, al arte *docente*, á las *predicciones* artísticas, etc., etc... no, no es eso; él habla de ese hermoso resultado que produce en el ánimo y en el corazon y en la inteligencia el *gran arte* que supone una realidad moral suprema, aquella *unidad de la realidad* de que nos habla Salmeron en una de sus lecciones copiadas recientemente por discípulos suyos.

Pues bien, aun así, se vé muy clara la afirmacion dogmática del Sr. Balart. No queria decirnos lo que era el arte, pero ahora lo dice: segun él, es produccion de belleza por el ser racional... para un fin trascendental, principalmente para la *utilidad* moral del espectador, del público. ¿No piensa que es mejor arte el que nos fortifica en la fé y en la caridad? ¿El que nos eleva á la contemplacion de Dios, hablando en plata? ¡Pues apenas es esto afirmar! Es afirmar que el arte *genéricamente* creado es *todo* el arte, el supremo, tiene un fin extraño á sí mismo, á su puro objeto: la belleza. Es nada ménos que negar la sustantividad de lo bello en cuanto obra del arte; es, no solo decir que corren malos vientos para la teoría del arte por el arte, sino sentar que esa teoría es falsa, que el arte *no es sustantivo*.

Y mira como nuestro *ejemplo* nos vuelve á nuestra tésis.

No sé lo que hará el Sr. Balart, pero sí sé de muchos que despues de sostener lo mismo que él, se niegan á examinar despacio, con todo rigor analítico, si, en efecto, es sustantivo el arte. Para lo cual es claro que lo primero es ver qué significa eso de ser sustantivo.

«Fuera, fuerza metafísicas desacreditadas, vociferan. Eso está mandado recoger, ya nadie discute así; es más, ya no se discute.»

«Pero, señores, se puede contestar, ¡si ustedes son los que traen *las filosofías*, afirmando que *no es sustantivo* el arte! No dirán ustedes la palabra, pero ese es el pensamiento. El pensamiento, v. gr. de todos los que aprecian las obras artísticas por criterio que trasciende de lo bello.

En general, cabe decir, que el sistema filosófico de los que no quieren *filosofar*, consiste en imponer sus opiniones sin demostrarlas.

Por todo lo cual, Tomás amigo, yo pretendo, para no incurrir en semejante defecto, que ántes de abordar directa, inmediatamente nuestro asunto, la *audacia en el arte*, tratemos con la atencion y el detenimiento necesarios, las cuestiones generales de que la nuestra no es más que un aspecto especial.

Te decia yo que la *audacia* de un escritor no quitaba ni ponia al mérito de su obra, por ser elemento extraño al arte en sí, á la obra artística como resultado. Pues bien, ántes de ver *especialmente* por qué este elemento extraño, la audacia, no pesa nada por sí mismo en el arte, hay que estudiar por qué los elementos extraños al arte, en general, no influyen directamente en el mismo.

Y esta es, en suma, la cuestion de la *sustantividad*.

Nuestra palabra, aunque en sí misma tiene valor etimológico suficiente para expresar la idea que con ella aquí se quiere expresar, no suele ser entendida con todo este alcance, por culpa de un uso vulgar poco exacto, pero muy corriente.

Los alemanes, para referirse al concepto que rigurosamente se quiere aquí señalar, dicen Selbststandigkeit, que traducen los diccionarios por: naturaleza absoluta, independencia, espontaneidad, individualidad...

Insistamos en ver la naturaleza en cierto modo absoluta, independiente, *espontánea, individual* (?) del arte, y veremos con esto que ni cabe que la moda varíe el fin artístico, ni que por dar una tendencia *ética* y educadora al arte, condenemos, por ejemplo, á cierta inferioridad la poesía de un Leopardi, de un Baudelaire, y la prosa de un Flaubert, de un Rabelais, etc., etc. Así como tampoco se puede admitir se alabe un drama por el buen propósito de su autor, que pretende acostumbrar al público á ciertos asuntos que tienen por escabrosos los timoratos.

No hay cuestion particular que pueda estar bien tratada si no se tiene clara conciencia de las cuestiones que la comprenden y fundan. Por eso no debes quejarte aunque tardemos en llegar al tema especial de estas cartas.

Hasta la tercera. Tuyo

CLARIN

CARTA SEMANAL DE LÓNDRES

Cuando el mariscal Mac-Mahon era presidente de la república francesa y oyó la famosa frase de Gambetta *Se soummetre ou se demetre*, llevado de su temperamento batallador, dijo: *Ni lo uno ni lo otro*, y un mes despues hacía las dos cosas, esto es, dimitir despues de haberse sometido.

El caso de Parnell será precisamente el mismo. Si se hubiera retirado, por el momento, y casádose con la que fué señora de O'Shea, le hubiera sido posible vivir en Irlanda siendo jefe de la Liga y esperar...

No ha querido hacerlo, y á estas horas está en minoría en su propio partido, en abierta oposicion del clero y haciendo á la causa de los *home rulers* solidaria de su caida.

Los periódicos de aquí lo dicen: *O sublime ó ridículo*. Nadie lo juzga sublime, luego dejo á la consideracion de ustedes el pensar lo que será.

No es que quieran hacerle pagar un *pecado*, aun cuando sea *mortal*, como un delito político, es que ha dado pruebas de no ser el hombre íntegro, que se le suponía; que ha mentido; que ha engañado; que no se ha respetado, en la forma de hacer cuanto ha hecho; y por último, que á los alardes del capitan, citándole al campo del honor, no ha acudido.

El ídolo ha rodado por tierra: ¿es creible que pueda más que todos los elementos que le son hostiles? Allá lo veremos. Entretanto, nos permitimos dudarlo. Por de pronto, la mayoría de su partido le ha depuesto y elegido su sucesor.

***

De todas las manías que pueden afligir á los mortales, una de las más censurables es ciertamente la del suicidio.

Sin negar que sea necesario algun valor para llevar á cabo el acto de darse la muerte, debe considerarse al suicida como un cobarde que huye ante la perspectiva del sufrimiento y comete la más indigna de las deserciones.

Pero, al fin, cuando los motivos, si no disculpables, son, por lo ménos, comprensibles, cabe deplorar el hecho, y hasta compadecer al delincuente.

En cambio, cuando el suicidio resulta un acto eminentemente ridículo, faltan palabras suficientemente duras para anatematizar al suicida.

Y este es el caso del que voy á referir, ocurrido últimamente en Lóndres.

Se trata de un jóven de 37 años, que segun la declaracion de su viuda, gozaba de *perfecta salud* y *buen humor* hasta el 18 de julio último, en que perdió un perrito muy mono y entretenido, que salió á la calle en seguimiento de su cuñada y no volvió—el perro, no la cuñada—acompañado de su dueña interina.

El animal ¿le fué robado á la cuñada? ¿lo robó ella? Ese dato ha quedado envuelto en el misterio: lo único que se ha sabido es, que desde que el perro desapareció, el bueno de su amo empezó á dejarse abatir por una tristeza profunda, una melancolía tan desgarradora, que el citado 18 de julio último, al entrar en la sala de su casa, cayó al suelo y espiró pocos momentos despues.

Llamado inmediatamente un médico de la vecindad, hizo la correspondiente *autopsia* y declaró que la muerte habia sido debida á un veneno, que el difunto habia tomado.

Afortunadamente la pobre mujer y su familia no han tenido que pasar por las angustias de un proceso criminal para dilucidar los hechos, gracias á que el suicida habia tenido la precaucion de dejar escrita la siguiente carta:

«*18 de julio de 1890.*—A la mejor y más querida de las mujeres.—Mariana, mi querida esposa: Hay momentos en la vida del hombre en que este es sumamente feliz. Tal ha sido mi suerte hasta hace poco tiempo. Pero cambia la suerte, que es lo que me ha sucedido á mí. Desde que he perdido á nuestro querido, encantador Peep (nombre del perro) la luz de mi vida y la alegría de mi corazon, que me ha destrozado...

»En cierta ocasion te dije que no podria soportar su pérdida, y ahora veo que no podré consolarme nunca.

Con cariñosísimo amor soy tu afectísimo esposo, *Sidney Clark*.»

«*Posdata.*—A mi hermana Edit (una hermana del suicida que reside en la India) deseo que se sepa que durante siete años largos ha sido mi asiduo corresponsal. No creo que pueda darla gracias bastante espresivas; pero su silencio últimamente me ha sido muy sensible. Tal vez tenga yo la culpa.—Deseo decir tambien que has sido la mejor y la más querida de las mujeres para mí; así es que con todo mi corazon digo: *¡Dios te bendiga!* Has sido para mí un gran consuelo. Creo que hubiera podido seguir viviendo sin la pérdida de mi queridísimo perro. Su pérdida ha sido la última gota que ha hecho rebosar el vaso y ha desgarrado mi corazon. Mi vida ya no merece vivirse. Dias y noches tristes llenan mi pensamiento. Deja que el doctor examine cuidadosamente mi cabeza. Creo que encontrará un abceso de larga duracion. Confío en que me perdonarás este acto violento. Adios.»

Si esto ha hecho cuando adoraba á la mejor y más santa de las mujeres, ¿qué hubiera hecho en el caso de ser infeliz en el matrimonio?

***

Como era de esperar, el Jurado ha condenado á muerte á miss Wheeler, por el crímen de asesinato de la mujer de su amante Hogg y de la hija del mismo, de dieciocho meses de edad.

Los detalles del crímen han debido ser espantosos, aun cuando solo pueden apreciarse por induccion, puesto que la criminal, convicta del crímen, no ha querido confesarlo y persiste en decir que es inocente.

La víctima vino con su hija á casa de la querida de su marido: la niña tenia dieciocho meses de edad.

Como es costumbre en este país, usaba un cochecito para la niña, de los llamados aquí *pernambutator*, vehículo llamado á desempeñar una parte importante despues del crímen.

La mujer de Hogg no fué expontáneamente á casa de la amante de su marido, sino en virtud de una carta que ésta la dirigió. Esta carta no ha sido hallada, pero se ha podido comprobar que fué enviada, por declaracion del muchacho que la llevó.

Por el resultado de la *autopsia*, se calcula que la víctima debió recibir el primer golpe con el hierro de atizar el carbon en la chimenea de la cocina, pues ha sido esta la habitacion en que el crímen ha tenido lugar.

Despues de este primer golpe, debió haber una lucha encarnizada, ó por lo ménos la defensa de la víctima, pues aparecen rotos los cristales de la ventana que dá á la calle y las paredes están llenas de manchas de sangre, señaladas al fijar las manos.

El final de la lucha fué morir degollada la mujer de Hogg, con el cuchillo de la cocina, y fué tan violenta la cuchillada, que casi le separó la cabeza del tronco.

Hecho esto, lo importante era para la criminal desembarazarse del cadáver de la madre y completar su abominable crímen descargando su furia sobre la inocente criatura, á quien no aparece que diera muerte violenta; pero es de creer que ha perecido por haber pasado la noche á la intemperie en el sitio donde fué encontrada, que no fué al lado de su madre, sino á una distancia sumamente grande de ella.

Para llevar el cadáver á mitad de un campo, se valió del coche de la hija, dejando el vehículo á pocos pasos del cadáver de la madre.

¿Qué objeto impulsó á la criminal á separar los cadáveres de la madre y de la hija por tan gran distancia? No se ha podido averiguar, porque aferrada miss Wheeler en negar su crímen, claro es que no ha podido dar ninguna explicacion de él.

Lo que se ha evidenciado en la causa plenamente, es que sostenia relaciones con Hogg, como lo prueba una larga correspondencia de cartas dirigidas al marido, que no permiten dudarlo. Lo raro del caso es que las relaciones empezaron *ántes* de casarse Hogg con su mujer, así como *antes* tambien habia vivido maritalmente la asesinada con su marido, puesto que á los seis meses de casada nació la niña que tan deplorable fin ha tenido.

Las cartas se han leido en la vista ante el Jurado. Hé aquí lo que dicen, traducido textualmente:

«Mi querido Franco: No pienses en marcharte si no quieres al hacerlo desgarrarme el corazon. No te vayas, querido. No te pido más sino que vengas á verme cinco minutos. Si te marchas, ¿cómo voy á poder vivir? Prefiero cien veces que te cases á que te vayas de Inglaterra.»

La siguiente demuestra que Hogg le habia amenazado con suicidarse:

«Querido Franco: No puedo dormir. Te escribiré largamente. No puedo soportar el verte como estabas anoche. Procura dominarte, querido. Las cosas acabarán por arreglarse. ¿Por qué matarse cuando las cosas no marchan á medida de nuestro deseo? Tú no te matarás si me amas como yo te amo. Yo te amo con todo mi corazon y no puedo vivir sin tí.»

Vamos á copiar la última, que es la más expresiva:

«Franco querido: Me dices que crees que te amo. ¿Qué quieres decirme con eso? ¿No sabes que te adoro? ¿Con qué puedo probártelo? Te adoro, queridísimo mio. Dime lo que tengo que hacer y te prometo que lo haré. Tú tienes sobre mí más dominio que nada en el mundo. Adios, querido; te ama siempre tu *M. E.*»

La relacion minuciosa de la vista, á que acudió mucha gente, con especialidad señoras de la aristocracia, ocuparía más espacio del que podemos disponer, por lo cual habremos de ceñirnos á relatar el final del imponente espectáculo.

El último dia de jurado, el del veredicto, será de los que dejen huella en la memoria de Inglaterra.

El dia era uno de esos, pocos por fortuna, en que Lóndres, envuelto en densa niebla, á pesar de tener encendidas las luces de gas de las calles, está oscuro como boca de lobo, porque ni aun se distinguen los faroles de gas.

La acusacion fué tan notable como la defensa, y la recapitulacion del juez, resumiendo ámbas peroraciones, un modelo de severa lógica y contundentes argumentos.

Retirados los jurados para deliberar, á la una ménos cuarto, despues de una ausencia de cerca de una hora, volvieron á entrar en el salon.

El silencio era imponente.

El oficial encargado de hacer la pregunta, dirigiéndose al presidente del Jurado, le dijo:

—¿Creen ustedes que María Eleonor Wheeler es culpable del asesinato de la mujer de Hogg, ó no es culpable?

Presidente.—Culpable.

—¿Es este el veredicto del Jurado?

—Lo es.

Entonces el oficial, dirigiéndose á la reo, le preguntó:

—¿Tiene usted algo que alegar para que el tribunal no proceda á pronunciar la sentencia imponiéndola á usted la pena de muerte?

La reo, con voz ahogada, contestó:

—Unicamente tengo que decir, que soy inocente del crímen que se me imputa.

Entonces el lord presidente del tribunal, cubriéndose la cabeza con el gorro negro de costumbre, pronunció la sentencia de muerte y dijo;

«Despues del exámen minucioso del caso y de haber oido la más hábil de las defensas, hemos encontrado que es usted culpable y que es absolutamente imposible concebir que la muerte de la mujer de Hogg haya podido tener lugar sin que usted haya sido el instrumento activo de su muerte.

»Es un crímen horrible. No quiero añadir á la pena que debe acongojar á usted en este momento la que le produciria oir cuanto se me ocurre decirle. Diré á usted, sin embargo, que de cuantos casos he visto, este es uno de los en que más claro se ven los funestos resultados á que puede conducir el prurito de la lujuria insana. Empezó usted por carecer de sentido moral y ha acabado usted por ser consciente instrumento y voluntario de la muerte de una mujer á quien ha quitado usted la vida por el solo delito de ser la mujer del hombre á quien usted profesa una pasion criminal. No puedo dar á usted la menor esperanza de que su pena sea conmutada, y poco tiempo le resta á usted de vida en este mundo. Se le dará á usted, sí, el necesario para prepararse, y Dios quiere conceder á usted que emplee ese tiempo en la salud de su alma. Se le atenderá á usted, y los auxilios de la religion le serán prodigados, y espero que durante este corto tiempo que viva entre nosotros se preparará para ir al otro mundo.»

No es tan corto el tiempo, puesto que conceden *tres domingos*; de modo que hasta el dia 23 de este mes no tendrá lugar la ejecucion.

¡Qué tres semanas de angustia le esperan!

Cuando la ley se va á cumplir es cuando se aprecia mejor la profundidad de la conocida máxima: «Odia el delito y compadece al delincuente».

***

Tener la gloria de ser compatriota del primer violinista de su época, y poder tener el gusto de ser cronista de sus triunfos, es sumamente agradable, máxime si esto se hace en país extranjero.

El concierto que en la noche del 8 de diciembre dió Sarasate en el salon de Saint-James fué una verdadera solemnidad artística.

Tres dias antes la tablilla del despacho ostentaba el letrero reservado sólo á las eminencias del arte: «No hay billetes», y, en efecto, la noche del concierto hubo que colocar una docena de sillas en el estrado para aquellas personas que no podian dejar de asistir. Y por cierto, y á propósito de esto, que he sentido mucho el rumor que he oido de que uno de mis colegas, corresponsal de un diario de esa, ha rehusado asistir al concierto. No lo creo.

Yo fuí uno de los doce apóstoles aquella noche, y á fe que no hubiera cambiado mi asiento por una de las butacas del salon, donde el calor era insoportable.

No cabia un alfiler; la sala estaba cuajada, más que llena, rebosando. No se podia pasar por el pasillo contiguo á la orquesta, que aquella noche no habia, dando con este motivo algun mayor desahogo para el público.

Los cinco números del programa fueron: sonata de Beethoven, rondó de Schubert; *La fe d'amour*, de Raff; dos solos de piano de Chopin y Saint-Saens, y dos de violin de Wieniawski y Bazzini.

El silencio desde que empezaba la primera nota era religioso, y tan solo interrumpido al final de cada parte para tributar al artista una ovacion inmensa.

Magistralmente tocadas las dos primeras piezas, despertó la tercera (el trozo característico: *La fe d'amour*) el interés que inspira siempre, pues no cabe imaginar una aglomeracion mayor de dificultades de ejecucion y delicadeza, ni mayor habilidad para superarlas.

Si la señora Marx no hubiera sabido conquistarse anteriormente un puesto en primera línea en el mundo artístico, en que tan difícil es llegar á fijar la atencion, en la noche del concierto último lo hubiera conseguido.

El público, que le dispensó una merecida ovacion, recompensó justamente su mérito haciéndola tocar una nueva pieza, pues sabido es que en Londres no es costumbre repetir lo que se acaba de tocar.

Los dos solos de violin que, acompañado por Otto Goldinisdt, tocó Sarasate produjeron un efecto indescriptible, obligándole á conceder tres números más, siendo los elegidos la habanera mazurca y otro aire nacional, que le valieron otra aclamacion extraordinaria.

Es el último concierto de otoño que dará en Londres, pero no en Inglaterra, donde permanecerá aún hasta el 20, en que regresará á París para descansar unas semanas antes de ir á Alemania y Austria.

He sabido, con la satisfaccion que es consiguiente, que la primavera próxima irá Sarasate á Madrid, antes de volver á Lóndres durante la *season* en mayo y junio, donde tiene tomada la sala de Saint-James para dar seis conciertos el año próximo.

***

El espíritu mercantil de este país alcanza á todo. Prueba al canto.

Todavia no ha sufrido, ni la sufrirá hasta dentro de veintiun dias, la pena de muerte que le ha sido impuesta

79 Ministerio de Cultura

miss Wheeler, de quien me ocupo anteriormente, y ya madame Tussaud se ocupa en preparar en la *Sala de los horrores*, de su inmensa exposicion de figuras de cera, el retrato de la autora del crimen en un cuadro en que aparezcan ¡ésta, la víctima y la niña con el penambulator!

Para conseguir la mayor exactitud posible ha empezado por comprar á Mr. Flogg los muebles de su casa, y con ellos el cochecito.

Como la venta ha tenido lugar en pública subasta, sin duda por saber que madame Tussad forzaria los precios, se ha llegado á ofrecer por el coche ¡hasta cincuenta libras!

En ese precio se ha adjudicado, habiendo sacado un buen beneficio el viudo Flogg. Este se ve de repente sin casa, sin hogar y sin mujer, despues de haber tenido durante varios años dos en vez de una.

En esto de las subastas estos ingleses son tan originales como en todo. Por una cama que se vendió dias pasados en pública subasta, con la advertencia de haber dormido una noche en ella, Cromwell, se dieron 50 libras esterlinas; y por otra en que se dijo lo mismo, con la diferencia de ser Gladstone quien se aseguró que habia dormido en ella, se pagaron 20.

Y lo mejor del caso es que ni lo uno ni lo otro será verdad: pero para los que han vendido las camas... como si lo fuera.

***

Por lo que leo en un periódico de hoy, en Trieste ha sido condenada á dieciseis años de reclusion y *un dia de ayuno*, cada mes, una señora condesa, Carlota Badini, acusada de haber sido causa de la muerte de su hijastra, joven de catorce años, á fuerza de malos tratamientos.

Lo del dia de ayuno al mes es sumamente original, porque el dia fijado es el aniversario del de la muerte de la hijastra.

***

El famoso general Booth sigue adelante con su propaganda para conseguir que le den sus compatriotas nada menos que el *millon de libras* que pide para regenerar Inglaterra.

A estas fechas pasan ya de 75000 libras el capital suscrito, y una sociedad de colonizacion consiente en que se entreguen al general las 4900 ó 5000 libras de que dispone.

Esto no debe extrañarnos, porque de donativos voluntarios recauda *anualmente* el general nada menos que la enorme suma de 750000 libras, es decir, 75 millones de reales sin la menor intervencion de los donantes.

Si un dia tengo espacio para ello, pondré á mis lectores al tanto, detalladamente y con cifras, de este asunto, uno de los que más llaman la atencion en estos momentos, y con justicia, pues si el general reune (y para nadie ofrece la menor duda que los reunirá) los fondos que intenta emplear en el fomento de obras y mejoramiento de la clase obrera, va á tomar una importancia incalculable y merecida, porque el hombre que sabe inspirar confianza á un pueblo entero para que le confíe *un millon de libras*, que pocos Estados de Europa encontrarian sin hacer un empréstito, emitir títulos y garantizar un interés, prueba que ese hombre vale, por lo menos, el millon de libras que pide si se lo llegan á dar.

B. DE OYA.

Londres, 7 de diciembre de 1890.

DESDE EL BOULEVARD

A la hora en que escribo estas líneas Redon habrá sido puesto en libertad.

El gobierno francés ha desistido de la demanda de extradicion despues de un cambio de impresiones entre el duque de Mandas, nuestro embajador en París, y el ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Ribot.

Los vecinos de Palencia deben felicitarse de este resultado, y nosotros debemos felicitar, además de á los citados personajes diplomáticos á quienes ha cabido la dicha de llevar á buen término este acto humanitario, en primerísimo lugar al padre de Redon, que era el más digno de interés y compasion en este asunto, y á los palentinos, que con su generosa conducta han honrado á nuestro país.

Si la Cámara francesa vota dentro de poco, como se espera, una ley que permita la revision de los procesos criminales en que haya recaido sentencia sin pruebas materiales completas, Redon podrá entonces hacernos ver si efectivamente ha sido inocente.

Mientras tanto, no deben nuestros compatriotas exagerar sus sentimientos—cosa de temer siempre en nuestro fogoso carácter meridional—y limitarse, lo cual no será para ellos poco glorioso el hacer de Redon, si en realidad fué un asesino, un hombre honrado; si fué siempre honrada, á ayudarle á seguirlo siendo.

Lo primero es casi seguro que esté sobreseido, pues aunque ese infeliz no fuese inocente, bastará á convertirle, por malo que hubiera sido, al amor al bien y á su prójimo, la conmovedora conducta de sus libertadores y las angustias y la abnegacion de su honradísimo padre.

Lograr lo segundo es aún más fácil: dénsele medios de trabajo, compañero inseparable del hombre de bien, y de seguro Redon inocente sabrá mostrarse agradecido á la que ya debe considerar como su patria adoptiva.

Y antes de dejar de hablar de este asunto, enviemos otra felicitacion por el satisfactorio desenlace obtenido.

¿A quién? Al abogado Rodriguez.

Al romperse las cadenas de Redon, debe haberse hecho para él mucho más ligera la pesada cruz—bien distinta por cierto de la de honor que así buscaba—que con su delacion se habia él mismo echado encima.

***

Mientras el doctor Koch sigue estudiando en su laboratorio el alcance de su descubrimiento y uno de sus discípulos anuncia que puede considerarse como descubierta la vacuna de la difteria, va surgiendo en todas partes, Alemania inclusive, una nube de médicos que, al paso que van, no sólo negarán dentro de poco la infalibilidad del remedio del sabio alemán, sino que lo presentarán como un veneno capaz de hacer más estragos que la misma enfermedad cuya curacion se pretende obtener con ese remedio.

Si entre los impugnadores que van saliendo á la linfa de Koch no figurasen algunas eminencias médicas, que por su alta posicion científica están fuera del alcance de la sospecha de que les guia interés mezquino, tentados estaríamos los profanos, desapasionados por todos conceptos, de temer que tal empeño en negar la virtud del remedio, cuando apenas llevan esos mismos impugnadores dos semanas de experimentarlo, envuelve solo el interés de ahogar al nacer un descubrimiento que, de ser confirmado en los resultados que promete, habia de arrancar á muchos médicos la verdadera mina de oro que tienen en cada tísico confiado á sus cuidados, durante los largos meses que la terrible enfermedad tarda en llevarse al otro mundo al enfermo incurable ó *incurado*.

Las altas personalidades científicas que en Francia—para limitar nuestras impresiones á lo que tenemos más á la vista—empiezan á manifestar dudas sobre el descubrimiento de Koch y á oponerse á la continuacion de las experiencias en *ánima vili*, alejan toda sospecha de interés pecuniario y hay que ver más bien en esta *crisis del desencanto*, que tan rápidamente ha sucedido á la del entusiasmo, un poco de celos científicos—por lo visto tan terribles y malsanos como los celos literarios,—otro poco de precipitacion en formular juicios y un mucho de la influencia política, que va siendo el mayor enemigo que le ha salido á la linfa de Koch.

Porque hay que poner las cosas en su lugar y no exigir imposibles, y mucho ménos pretender hacer responsable á Koch de que su linfa no dé resultados que el ilustre sabio ha empezado por no prometer.

La ciencia, por muy adelantada que esté, no ha llegado todavía, ni llegará nunca probablemente, á crear tejidos que una enfermedad ha destruido; y pretender que un remedio, sea el que sea, pudiera *reconstruir* los pulmones deshechos por la tuberculosis en un tísico de tercer grado, sería una ilusion disculpable en nosotros los profanos; pero no podemos hacer á ningun médico, medianamente ilustrado, la injuria de creer que tal ilusion se haya forjado al tener noticia del descubrimiento de Koch.

Por consiguiente, los médicos que ahora nos digan que ese remedio no sirve para nada porque ha resultado que no da pulmones á los que los habian perdido, nos hacen el mismo efecto que si al anuncio de un remedio contra el cáncer pidiesen que devolviera á un amputado el miembro que el cirujano le cortó para salvarle la vida, ó la nariz que el cáncer se habia comido.

Otros quitan toda eficacia á la linfa porque en individuos reconocidamente tuberculosos no ha producido su inoculacion los síntomas anunciados por Koch, como si la infalibilidad fuese de este mundo; y por ese camino pudiérase negar el valor de la vacuna de la rabia porque á Pasteur se le han muerto *rabiando* dos inoculados no hace todavía un mes, y dar por inútil la vacuna de Jenner cada vez que se muere de viruelas un individuo vacunado.

Esta mañana mismo ha fallecido un tísico inoculado por el doctor Pean, y estamos seguros de que este fallecimiento, en el estado actual de los ánimos, va á levantar una polvareda enorme y á decidir quizás en favor de los que se oponen á la continuacion de las experiencias en los hospitales de París, que se suspendan estas hasta que por lo ménos se conozca la composicion de la linfa de Koch.

Y, sin embargo, el mismo doctor Pean ha declarado á un *reporter*, que ese enfermo estaba en un estado tal, que ningun remedio en el mundo hubiera podido salvarle ni retardar su muerte siquiera algunas horas.

La tuberculosis habia atacado y destruido completamente en él los pulmones, los huesos, los intestinos y le habia invadido el cerebro. A su llegada al hospital no era más que un cadáver, y el doctor Peau lo ha inoculado sin la menor ilusion sobre el resultado y solamente por tranquilizarle y no dejarle ver la realidad de su triste estado. La inoculacion, por lo demás, segun declaracion del mismo Pean, era completamente insignificante.

Pues seguramente se acusará de este fallecimiento á la linfa de Koch

Lo malo en todo este asunto ha sido el hacerse ilusiones de lo imposible y obligar á Koch á publicar su descubrimiento y á enviar su linfa á los sábios más ó ménos eminentes y desapasionados de todas partes, ántes de que sus experiencias propias estuviesen terminadas.

Obligado á hablar por el gobierno de su país—ya pareció la pícara política, que maldito lo que tiene que ver con la ciencia—ántes de tiempo, Koch ha dicho honradamente:

«Creo haber descubierto un remedio destinado á combatir eficazmente la tuberculosis, *si se aplica á tiempo y á enfermos cuyos órganos esencialmente vitales no estén ya destruidos.*»

Y además ha tenido buen cuidado de añadir que el tratamiento seria largo y se necesitaria aplicarlo durante seis meses lo ménos para apreciar en su justo valor los resultados definitivos.

Los médicos, que en un acceso de *chauvinisme*—que en la ciencia está de más—ó de mal humor, que está de más en todas partes, atacan al ilustre Koch porque la linfa, que éste generosamente les ha confiado, no dá los resultados que con sus panaceas ofrecen los charlatanes, deben volver en sí, tener un poco de paciencia, continuar las experiencias con *verdadera prudencia*, esperar los resultados que á ellos, y sobre todo á Koch, den esas experiencias en el tiempo necesario; y cuando éste, sabiendo á qué atenerse, publique la composicion de su remedio, allá dentro de cinco ó seis meses, apreciar en justicia el descubrimiento, aplicarlo, si es bueno, y en los casos que pueda serlo nada más, y en todo caso felicitarse por el adelanto científico obtenido, que siempre será alguno chico ó grande.

Lo demás es hacer demasiado ruido, que es tan nocivo para los enfermos, como enojoso para los que quieren estudiar tranquilos.

***

Una huelga sin precedente amenaza á los brasileños.

La huelga de los periódicos.

Durante un motin la chusma habia saqueado y atropellado la redaccion de un diario imperialista; el gobierno brasileño habia protestado muy débilmente de este atropello, y todos nuestros colegas de aquella nueva república, en un arranque de generosa solidaridad, sin distincion de partidos ni matices, han declarado que si no se hacian respetar mejor los derechos de independencia de la prensa, dejarian de publicarse.

Algunos se reirán de esta amenaza. Los periodistas suelen ser más aborrecidos que apreciados, sobre todo cuando hablan claro, y no faltan envidiosos de los que se llaman privilegios de la prensa y que miran con malos ojos que vayan de balde al teatro, que viajen gratis—cuando no pagan como cualquier hijo de vecino—que están invitados á todas partes.

Si supieran los que así piensan—y de seguro son muchos—la esclavitud que esos supuestos privilegios y esas preferencias en donde hay algo que ver ú oir representan!

Lo que para otros es placer, para el periodista es obligacion y trabajo.

Su independencia es un mito.

Tendria uno ganas de ir á oir la ópera, pero á la misma hora la obligacion le llama á oir una conferencia política ó una discusion sobre la enfermedad de las patatas.

Quiere uno levantarse tarde porque hace frio y se acostó á las tantas y rendido; pues casualmente hay que madrugar para asistir á un entierro oficial.

Mientras en cualquier parte el lector se divierte y se entretiene y si se aburre se marcha, el periodista no puede distraerse, tiene que tomar notas, y si le revienta el espectáculo á que asiste, aguantando hasta el final por si sucede algo no dejar de contárselo al lector que se fué cuando le dió la gana.

Tiene una cita con un amigo ó con una mujer, pues hay que dejarla porque el telégrafo espera, y un minuto perdido hace perder á la edicion del periódico todo su intesés.

Con poco sueldo debe ir tan bien vestido como los personages con quien debe alternar para estar en todo.

Y los que creeis que esa amenaza de huelga es ridícula y que los brasileños se pasarian muy á gusto sin periódicos, pensad lo que haceis todas las mañanas en cuanto os levantais. Pedís ó comprais el periódico para saber cuanto ántes lo que pasa en el mundo y devorais aquella hoja de papel ennegrecida para vosotros por unos cuantos buenos muchachos unidos y sacrificados para informaros, para distraeros, para instruiros de vez en cuando, pensando solo en agradaros y cautivaros á fuerza de actividad, de buen humor, de trabajo y—quitándome yo del número—de talento.

Los periodistas serán mala gente, pero sin ellos no hay periódico, y dígase lo que se quiera, en la vida moderna el periódico es indispensable.

Si lo que no es de esperar, la huelga de periodistas se lleva á cabo en el Brasil, acabarán los lectores brasileños por escribirse ellos los periódicos para que no les falten.

RICARDO BLASCO.

París, 26 noviembre 1890.

MOSÁICO MADRILEÑO

Divagaciones electorales. — ¡A Berlin! ¡A Berlin!—Madrid intransitable.

¡Qué dia, gran Dios, que dia!

Visitar á los dudosos, animar á los tímidos, escribir á estos, acompañar á aquellos, tomar con unos un café y con otros unas copas, ir á la imprenta por candidaturas, dar cuenta al comité de la marcha del asunto, visitar una, dos y diez veces los colegios electorales, hasta que jadeante, sudoroso y rendido pudo volver al elector á su casa y buscar en el sueño el descanso reparador de tantas fatigas.

¡Pero qué si quieres! Ni aun en el sueño encontrarian los electores el anhelado descanso.

Para unos, fué un ensueño plácido y halagador. Soñaba que, gracias á ellos, la nueva corporacion provincial era un modelo de justificacion administrativa y de rectitud; en ella, con abstraccion de todo interés personal, atendíase á mejorar la hacienda provincial con oportunas economías y se inauguraban admirables servicios de beneficencia, de higiene y de caridad. Daba gusto ver unos hospitales en que bastaba entrar para recuperar instantáneamente la salud; unos asilos en que los muchachos estaban gordos como unos tudescos y encarnados como una manzana en la debida sazon; unas carreteras que parecian otros tantos salones de baile y, sobre todo, unas corridas de toros de beneficencia ó para la beneficencia, en que se repartían gratuitamente á los amigos paquetes de delanteras de grada, contrabarreras y meseta del toril. ¡Qué de consideraciones al cuerpo electoral, en el ensueño del elector! ¡Qué gratitud en los elegidos! Hubiera bastado que el primero hiciera una pequeñísima indicacion para que los segundos se trasladaran á su domicilio y les lavaran los cristales de los balcones y llevaran los niños á la escuela.

El ensueño de otros electores era una terrible pesadilla: veian cruzar por su imaginacion un cuadro totalmente opuesto al anterior. Una hacienda desquiciada, unos gestores de la cosa pública trabajando por encumbrarse más y más, sin reparar en los medios; los caminos abandonados y llenos de baches, hasta el extremo de asemejarse á las calles céntricas de la capital; los asilos siendo antesala de las cárceles y los hospitales camino breve y seguro para el cementerio. ¿Y de toros? Ni un mal tendido para un compromiso, aun pagado á peso de billete de Banco! ¡Y él, él habia contribuido con su voto á encumbrar ambiciosos, á elevar medianías! ¡El había prostituido la santidad del sufragio, votando al candidato H ó X, por recomendacion del sastre, acompañada de un cigarro escogido de 12 céntimos! El sufragio... ¿Dónde estaban los panecillos que le habia proporcionado para sus hijos la envidiable panacea, proclamada por los partidos liberales y aceptada por los conservadores?...

Y el elector, víctima de la pesadilla, saludaría con júbilo la luz del lúnes de esta semana, despues de las terribles emociones de la noche del domingo.

***

Ménos felices todavía que los electores los candidatos vencidos, habrán tenido que ocuparse durante toda la semana en pequeños detalles. Una carta que casualmente ha caido en mi poder especifica varios de los mismos y me convida á reproducirla, por su ejemplaridad.

Dice así:

«Querido Termístocles: Por los periódicos madrileños habrás sabido que mi candidatura como adicto ha sido derrotada de un modo verdaderamente inconcebible por la del candidato oposicionista. Todos mis amigos del ministerio y del comité me habian anunciado que no dudara en presentarme, pues era cosa segura... ¡Y tan segura como ha sido mi derrota!

»Figúrate lo que es esto, dado el carácter de mi Bonifacia y las pretensiones de mis niñas. La primera me ha repetido cien veces, suponiéndome acaso sordo, que yo me tengo la culpa, que no sirvo para nada, y otra porcion de improperios que por vergüenza no trascribo. Las segundas, que habian soñado con que mi diputacion las daria palco y coche, y detrás de estas comodidades pretendientes y maridos, me miran con reconcentrado enojo, acusándome de haberlas desvanecido su brillante porvenir. Sobre todo Dorotea me causa verdadero miedo y temo que cuando ménos lo esperemos se escape con un alférez de cazadores que la tiene vuelto el juicio.

»¡Qué semana, Temístocles de mi corazon! No solo he tenido que aguantar á las gentes de casa, sino que me han faltado manos para ir á abrir la puerta, donde se han ido presentando sucesivamente: un alquilador de coches por los que se utilizaron para llevar á votar á los amigos; otro de muebles que prestó unas sillas de paja para el comité y reclama el alquiler y hasta el material que asegura les falta; una cuenta enorme del estanquero; otra del litógrafo; otra de la imprenta; otra de repartidores de candidaturas y pegadores de carteles, y por último 15 ó 20 de dueños de cafés.

»¡Los riñones que se han comido aquellos hombres de las Mesas! Porque he observado que los riñones constituyen el plato del dia, el plato esencialmente electoral, que no falta en ningun colegio en las siete ú ocho veces que durante el dia se come y se toma café en ellos.

»En una palabra: que mi derrota me cuesta 4 ó 5000 pesetas; la pérdida del respeto de mi familia y la de la amistad y consideracion de muchos políticos.

»No te digo todo esto para que me compadezcas, por más que sea muy digno de compasion, sino para que me otorgues un plazo para la devolucion del dinero que te debo. Yo te lo devolveré, aunque necesite reunirlo pidiendo limosna ó arrancando adoquines con los dientes—aunque sospecho que nadie paga este último trabajo;—y si alguna vez vuelvo á pedirte fondos para nuevas luchas políticas, yo te lo ruego con toda mi alma, ¡pégame un tiro, amigo Temístocles, pégame un tiro!»

Dejemos á los unos y á los otros con sus ilusiones y sus desencantos, y ya que las exigencias de la marcha de la semana me han obligado á dirigir un recuerdo á las últimas elecciones, pasemos por ellas como sobre áscuas y dirijamos la atencion á más gratos asuntos.

***

Nuestra redaccion se ha visto favorecida con la visita del Sr. Félix Possart, antiguo funcionario de la magistratura en Alemania, y hoy pintor muy notable, que llega á Madrid como delegado del comité de la Exposicion internacional de Bellas artes que ha de celebrarse en Berlin en mayo de 1891, conmemorando el quincuagésimo aniversario de la Sociedad de Artistas de aquella capital. El Sr. Possart viene encargado de promover la concurrencia de expositores españoles, y es seguro que sus gestiones lograrán el apetecido resultado; pero como la incuria del carácter español esteriliza muchos buenos propósitos, no creo inoportuno consignar algunos detalles de la Exposicion mencionada.

Esta se celebra bajo el patronato de la emperatriz madre, la noble y augusta señora á quien tantas españolas siguieron con su cariñosa y compasiva simpatía, durante la prolongada y terrible dolencia de su difunto esposo el emperador Federico.

La Exposicion será por grupos de naciones y las obras que hayan de figurar en ella habrán de ser entregadas del 14 de marzo al 10 de abril.

En estas hermosas contiendas, hijas de la paz y del progreso, puede haber laureles para todos; y es seguro que nuestros artistas, vencedores en tantos otros certámenes, aprovecharán la ocasion que se les ofrece con tanta galantería, para abrirse por sus máritos el mercado de Alemania.

Es de creer, por lo mismo, que el Sr. Possart verá cumplidos sus deseos y premiadas sus gestiones con el éxito, y que desde hoy hasta la primera mitad de marzo, en estudios, círculos y talleres, se oirá un solo grito que la historia registró hace tiempo con caracteres de sangre, y que hoy debe repetirse con fraternal empeño, el grito de: ¡A Berlin! ¡A Berlin!

***

Quedábamos en nuestra revista anterior, en que dentro de un metro cuadrado del pavimento madrileño había por lo menos una zanja, una boca de riego descompuesta, unos cuantos adoquines arrancados y un mendigo solicitando limosna.

Hoy se han aumentado los obstáculos con infinitas pirámides de comestibles, anunciando la proximidad de las Pascuas; un millar de vendedores en papeletas talonarias «para dar parte á los amigos en la lotería del dia 23», y unos trovadores ambulantes, y más ó ménos ciegos, cantando villancicos.

Cuando trascurridos algunos dias se lancen tambien á la calle los muchachos con los ensordecedores instrumentos de Páscua, entre los que descuella el clásico tambor, será cosa de emigrar de la villa y corte hasta que se restablezca la normalidad y tengamos unas calles sin zanjas ni barricadas, sin registros de hierro ni mendigos de plomo, sin cantores de villancicos ni orquestas de zambombas, tambores y almireces.

M. OSSORIO Y BERNARD

2009 Ministerio de Cultura